



[Lectio de Victoria Camps, en su ceremonia de investidura como doctora *honoris causa* por la Universidad de Salamanca](#)

Agradezco de todo corazón el honor con que ha querido distinguirme la Universidad de Salamanca al investirme como doctora *honoris causa*. Jamás se me pasó por la cabeza que pudiera llegar a merecer tal honor y mucho menos que la propuesta viniera de esta Universidad, una de las más antiguas del mundo, puntal de la cultura europea y cuna de ilustres pensadores entre los que es obligado destacar aquí los forjadores de la escolástica española, que formaron la prestigiosa Escuela de Salamanca, y, cómo no, a Miguel de Unamuno, con cuya obra muchos de mi generación empezamos a sentir la fascinación por la filosofía.

La ilusión que siento es aún mayor por el hecho de compartir este acto con mi querida amiga y colega Adela Cortina. No me toca a mí juzgar los motivos que ha tenido la Universidad para otorgarme esta distinción. La acepto agradecida pensando que con ella se quiere premiar a dos mujeres que, desde perspectivas distintas pero convergentes, se han empeñado en hacer un tipo de filosofía destinada a explicar y difundir los principios y valores éticos que requieren las sociedades de nuestro tiempo. Este acto es importante para la filosofía, bastante maltratada en los últimos tiempos, y lo es también para las filósofas. Cuando me matriculé en Filosofía y Letras, en la Universidad de Barcelona, la carrera de Filosofía era una carrera casi exclusivamente de mujeres. No hace falta añadir que, a pesar de ser así, no tuve ninguna profesora en mis años de estudiante. La situación ha cambiado mucho y está casi normalizada. Filosofía ya no es una carrera femenina y la presencia de mujeres ha crecido exponencialmente entre el profesorado. A las mujeres filósofas debemos innovaciones importantes especialmente en el ámbito de la filosofía moral. Basta citar como ejemplo, el desarrollo que está teniendo la llamada ética del cuidado, un valor detectado e introducido en el discurso ético por las mujeres. Por lo que a mí se refiere, lo que haré a continuación no es abundar en los detalles de mi *curriculum*, cosa que ha hecho por mí con generosidad y exageración Teresa López de la Vieja en su *laudatio*, que agradezco mucho. Voy a referirme a lo que finalmente me ha conducido al tipo de filosofía que he pretendido hacer, una filosofía fiel a la realidad, con un lenguaje sencillo, comprensible y libre de retórica vacía, una filosofía cercana a las preocupaciones de nuestro tiempo.

Más de una vez me han preguntado qué me llevó a estudiar Filosofía. He de confesar que nunca he sabido dar a esta pregunta una respuesta original. Lo que sí puedo decir, después de más de cuarenta años de docencia e investigación universitaria, es que he acabado por



descubrir una vocación filosófica bastante sólida. He tenido el privilegio de ir disfrutando cada vez más con lo que hacía, y de emprender con entusiasmo las sucesivas etapas de la carrera universitaria. Mis primeros escarceos filosóficos no fueron en el terreno de la ética, sino en el de la filosofía del lenguaje. Como estudiante, me sentí atraída por el positivismo lógico, seguramente porque era la única corriente filosófica que en aquellos años pudo penetrar sin problema en el ambiente aún demasiado cerrado y poco estimulante de la Universidad española. Fue la lectura de Wittgenstein, Russell y los filósofos analíticos lo que me introdujo en el análisis del lenguaje moral desde donde más tarde di el salto a la filosofía moral y política. Pero la vocación filosófica no se cultiva en solitario. En mi caso, han sido varios los que puedo considerar maestros que me han ido acompañando, influyendo y convenciendo tanto para que no desistiera de proseguir en la senda de la filosofía, como para que me asentara en el área más concreta de la filosofía práctica. Quisiera recordar aquí, entre los profesores que más aprecié en mi época de estudiante, a Francesc Gomà, a José Maria Valverde, a Alfonso Alvarez Bolado y a Manuel Sacristán que me orientó en el campo de la lógica matemática. Más adelante, la figura de Aranguren y la de su discípulo más directo, Javier Muguerza, fueron decisivas para encaminarme hacia la ética y la filosofía política. Debería nombrar aquí también a los muchos colegas que me han acompañado desde las distintas universidades españolas y, en concreto, desde la de Salamanca. La lista es demasiado larga. Me permito sólo mencionar a los dos profesores salmantinos que, por cuestión de edad, he tratado durante más tiempo: mis queridos amigos Miguel Ángel Quintanilla y José M^a Gómez Heras este último artífice del espléndido departamento de Filosofía moral de esta Universidad.

Los filósofos tenemos una manía muy específica de nuestro gremio que consiste en preguntarnos qué hacemos al hacer filosofía o qué tipo de filosofía deberíamos hacer para que el interés en ella no decaiga y se extienda más allá de la Academia. La pregunta no es inocua en general, pero pienso que es obligada cuando el ámbito de la filosofía en que una trabaja es el de la reflexión ética o política. Por abstracto que sea el género filosófico, pienso que tiene poco interés si no es posible conectarlo con la realidad que nos preocupa. Hume decía que la parte de la humanidad que se dedica a una actividad intelectual puede dividirse en dos grupos: el de los “doctos” y el de los “conversadores”. Los primeros son quizá más sabios, son rigurosos y eruditos, trabajan en solitario y escriben largos tratados que casi nadie lee. Los conversadores, por su parte, son más sociables, algo más superficiales y tienden a hacer reflexiones que afectan a los asuntos humanos. Para ello necesitan conversar con sus prójimos, relacionarse con otras personas y cultivar el trato social. En lugar de tratados, escriben ensayos, con un lenguaje más llano y comprensible para sus contemporáneos, sean o no filósofos.

No sé si pertenezco a alguna de las dos especies que diseñó Hume. Me temo que a ninguna de las dos. Lo que es cierto es que he procurado acercarme al grupo de los “conversadores”. Siempre he pensado que la filosofía que estudia a los clásicos del

pensamiento ha de saber explicarle al mundo por qué Aristóteles, Epicuro, Spinoza, Kant o Nietzsche tienen algo que decirnos a nosotros. Sobre todo, si profundizamos en la filosofía moral, no podemos dejar de tener en cuenta los problemas morales de nuestro tiempo. Esta conexión imprescindible entre la teoría y la práctica la he tenido siempre presente al hacer filosofía. Mis inicios en la filosofía analítica me vacunaron contra la especulación filosófica vacía, muchas veces confusa y demasiado densa, me enseñaron a ser fiel a la realidad, a tocar de pies en el suelo, incluso al hacer filosofía. Me enseñaron también que la complejidad de los problemas filosóficos no tiene que ser incompatible con la claridad del lenguaje y la voluntad de llamar a las cosas por su nombre. Ese carácter pragmático lo desarrollé en mi tesis doctoral, sobre la pragmática del lenguaje, y creo que me ha servido de guía al escoger el marco en el que iba a moverme para pensar la ética. No era tanto el marco de los principios últimos ni el de especular sobre los fundamentos del bien o del deber moral, sino la ética de las virtudes, en el sentido aristotélico y luego escolástico del concepto. Entender la ética como la formación de una personalidad moral siempre me pareció el marco más fértil para entender y poder explicar las insuficiencias éticas, y también políticas, que hoy nos preocupan.

La relación entre la teoría y la práctica es un problema muy presente

En los que para mí han sido los dos grandes puntales del pensamiento ético: Aristóteles y Kant. En la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles dice que su objeto no es analizar la esencia de la virtud, sino hacer personas virtuosas, pues de no ser así el estudio de la ética no sirve para nada. Kant, al final de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, se pregunta por qué lo que en teoría aceptamos y concebimos como racional deja de funcionar en la práctica. Dicho en términos menos filosóficos y más vulgares, el problema de ambos filósofos es el de la motivación moral: la falta de motivación para actuar correctamente. ¿Cómo hacer que la norma moral nos mueva a actuar, nos obligue de verdad? Tanto Aristóteles como la teología medieval buscaron la explicación a este interrogante en la debilidad de la voluntad, debilidad atribuida, en el caso del pensamiento cristiano, a la naturaleza pecadora del ser humano. Más tarde, el pensamiento secular, separado de la religión, busca la explicación en otro lugar, en el componente emotivo o pasional del individuo pues, como dijo Hume, no es la razón lo que nos mueve a actuar sino el sentimiento. Desde tal perspectiva, me interesó analizar cuál era “el lugar de las emociones en la ética”, idea que desarrollé en *El gobierno de las emociones* con el propósito de explicar que aprender a gobernar las emociones es la tarea de la ética, una tarea equivalente a la adquisición y cultivo de las virtudes tal como lo había visto Aristóteles.

En los últimos cincuenta años, la ética ha desarrollado un ámbito de reflexión nuevo, que recibe el nombre de ética aplicada. La bioética, por una parte, y la ética de la empresa, por otra, han liderado un giro cuyo objetivo es introducir la reflexión filosófica en la práctica de las distintas profesiones. Ante la complejidad y la incertidumbre de los

avances tecnológicos o de fenómenos como la globalización, muchas disciplinas echan de menos un análisis y una aproximación a problemas hasta ahora inéditos. Problemas que van más allá de lo puramente científico y para los que no hay que buscar soluciones estrictamente jurídicas. La filosofía tiene una misión importante en ese terreno y no debería dejar pasar ese reclamo que, en definitiva, no es nada más que la necesidad de dar paso a la reflexión, a la discusión y a ponderar las posibles consecuencias de los avances científicos y técnicos. Seguramente una de las vías de recuperación de las humanidades, y en especial de la filosofía, es la de prestar atención a esas preguntas que no encuentran respuesta en la ciencia y que, sin embargo, como reconoció Wittgenstein, son las preguntas más importantes de nuestra vida, las que se plantean qué debemos hacer y cómo debemos vivir.

En este orden de cosas, la ética viene focalizando su atención desde hace unos decenios en el campo de las ciencias de la salud que ofrece un sinfín de posibilidades de curar o mejorar la calidad de vida de las personas. Pero “mejorar” no tiene un significado unívoco. Vivir más años no siempre significa vivir mejor. El ideal de vida saludable no es ni debe ser el mismo para todos los individuos. La bioética puso de relieve en su carta fundacional, el Informe Belmont, que, además de preocuparse por no hacer daño y por procurar el mayor bien de las personas enfermas, la medicina debe respetar la autonomía del paciente y atender a las exigencias de la justicia distributiva. En definitiva, gracias a la evolución de la ética aplicada, la ciencia y la filosofía han vuelto a acercarse la una a la otra, después de un distanciamiento que las ha mantenido separadas en los dos últimos siglos. Ahora, la ciencia y la filosofía vuelven a encontrarse en busca de razones y argumentos que ayuden a establecer los criterios de una ciencia responsable.

No son sólo las ciencias empíricas, que tienen que ver con problemas que afectan a la calidad de la vida humana, las que han suscitado el interés de la filosofía. Son muchos los interrogantes que se plantea el mundo actual, relativos a varios sectores. Por ejemplo, los que plantea una economía dominada por mercados financieros donde los intereses económicos de unos pocos determinan el destino social de muchos. O el de una política cada vez más distanciada de la ciudadanía, que alienta la confrontación, que sólo persigue réditos electorales y se muestra incapaz de llegar a consensos constructivos. O la dificultad cada vez mayor de utilizar el lenguaje como instrumento de entendimiento mutuo y no de polarización. O la incapacidad de abordar con humanidad los movimientos migratorios. Por no hablar del cambio producido por la extensión e influencia de las redes sociales, que ha revolucionado el modo de trabajar y pensar, de consumir y de relacionarnos, con todas las ventajas e inconvenientes que este cambio puede traer consigo.

Ante estos cambios, es absurdo alentar un pensamiento apocalíptico. La filosofía sale al paso, no para dar soluciones, que nunca ha sabido darlas, sino para hacer lo que dijo Bertrand Russell que siempre ha hecho: un ejercicio de escepticismo. En nuestro mundo

marcado por la velocidad derivada de la necesidad de competir y de obtener resultados inmediatos, el escepticismo puede significar introducir la ponderación y la lentitud. Es lo que ya se propuso Sócrates en la Grecia antigua: no dejar de preguntar, no evitar las preguntas incómodas que obligan a detenerse y a examinar una y otra vez lo que de entrada se daba por cierto.

Frente a las tecnologías, las ciencias humanas tienen un discurrir más lento, porque satisfacen necesidades de otro tipo, una necesidad espiritual a la que no responden ni las ciencias empíricas ni la técnica. La historia, la literatura o la filosofía no pretenden superar todos los límites que la técnica parece poder superar, sino por el contrario referirse a ellos como algo que es parte de la condición humana. El sujeto de las humanidades es ese Prometeo que lucha por ser más de lo que es, pero sabe que nunca conseguirá ir más allá de su condición. Necesitamos las humanidades para tomar conciencia de nuestra condición en una época que hace todo lo posible para que ignoremos los fracasos, esquivemos las frustraciones y trivialicemos los crímenes. En la *Meditación sobre la técnica*, Ortega concluye diciendo que la enfermedad de nuestro tiempo es “una crisis de los deseos”. El hombre actual no sabe qué debe desear ni qué debe ser, “le falta imaginación para inventar el argumento de su vida”. Eso es lo que los productores de cultura debieran proporcionar.

Celebramos este año el setenta aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos. El gran logro conseguido con la universalización de los derechos es el de reconocer la dignidad de la persona como un atributo intransferible de cada individuo. En el marco de esta Universidad, es obligado recordar la aportación de la escolástica medieval, y en concreto la obra de Francisco Suárez o Francisco de Vitoria, en el proceso de distinguir unos derechos subjetivos del derecho natural. Suárez puso el embrión de lo que luego serían los derechos individuales, reconocimiento temprano del valor de la subjetividad, que es lo que ha dado origen con los años a las distintas generaciones de derechos humanos. Unos derechos que, por su carácter abstracto, tienen que ser interpretados a la luz de cada caso particular. A la luz de las violaciones de la dignidad humana, de las experiencias de exclusión, de maltrato y discriminación, tenemos que plantearnos la reformulación de los derechos e incluso la necesidad de introducir derechos nuevos que amparen una protección efectiva de la dignidad humana.

Hace unos días tuvo lugar en Salamanca un encuentro de rectores de todo el mundo para discutir el papel de las humanidades en la enseñanza superior. Uno de los participantes se refirió a unas palabras de Francisco Tomás y Valiente, que fue profesor de esta Universidad, con las que quisiera acabar: “Hay que proclamar con orgullo que esta es una institución en la que, desde hace siglos, se piensa sin condiciones ni límites, en ella se aprende a dudar metódicamente y se investigan conocimientos aparentemente inútiles, sin los cuales no habría ciencia ni cultura ni vida humana de verdad”. Suscribo cada una de estas palabras. En ellas reconozco el impulso que me ha movido a ocuparme de la

filosofía y ponerla al servicio de los intereses comunes de la sociedad. No sé hasta qué punto lo habré conseguido, pero lo he intentado.